CARTA A DON LUIS DE GONGORA

Mi admirado don Luis:

Como ignoro qué tal anda de memoria el otro mundo inicio esta epístola recordándole que hace cuatrocientos años—ya se han escrito versos desde entonces—, con las cordobesas calores de julio, ocurrió su señalado nacimiento. Andamos ahora de homenaje a V. m. y a su poesía. No se sorprenda, don Luis: homenaje. Sin aquel fervor juvenil del año de 1927, cuando unos cuantos muchachos poetas le quitaron a V. m. muchos años de encima; sin manifiestos ni "retornos" que ya sabe V. m. en lo que luego quedan, pero con la admiración debida que no por estricta es menos de señalar.

Los tiempos son muy otros. Sin embargo, porque la memoria de los vivos no es mala del todo y siente inclinación a la rutina, todo sea dicho, se habla de Góngora y, gloria suprema, se le discute. Esto le sorprenderá menos, don Luis. Discútenle quienes aseguran haber heredado a aquellos Lope y Quevedo que V. m. bien conoció; y casi por idénticos motivos. Dicen que es pecado grandísimo gustar del Polifemo *y las* Soledades *en el año de 1961, donde toda evasión de la realidad está prohibida bajo pena de no vigente, que es casi de infamia en esta corte, que lleva consigo ser reaccionario; y por reaccionario obstaculizador del progreso poético. Fíjese qué vueltas da la bola del mundo: V. m. fué escándalo de su época por saltarse elegantemente a la torera los límites de esa realidad, y ahora quien se salte esos límites huele a cadáver. De manera que esas dos obras suyas son para los más piezas bellísimas de museo, y pare ahí, pues no contienen* testimonio *alguno ni son humanas,* ni *eficaces, etc.*

No se me aflija V. m. en ese cielo de los poetas donde seguramente anda en armonía con sus enemigos, en mesa redonda, sin mezquindades de tres al cuarto. En el tercer siglo de su muerte le tocó sonreír gracias a los antedichos jóvenes que, como V. m. deseaba, quitaron la corteza a lo misterioso. No se enfade con los presentes. ¿Cree que iba

a pasar en balde este otro centenario? ¿Cree que no íbamos a procurar salirnos de la rutina? A ver si me explico, a ver si le alegro las pajarillas del alma y de todo su ser sin monumento en Córdoba todavía, gracias a Dios.

Voy a contarle algo. La otra tarde en el Ateneo de Madrid, ciudad donde tan desventuradamente le fué, unos cuantos poetas leyeron versos suyos para refrescarnos a todos la memoria. En medio de ellos estaba Vicente Aleixandre, que en lo físico tanto se parece a V. m., y la ilusión de que estuviese entre nosotros, al menos para mí, era perfecta. Sólo uno se atrevió *a leer unas octavas del* Polifemo. *¿Le vale este detalle? Los otros prestaron voz a sus poesías más claras—perdóneme si le molesto con estas distinciones—; buscaron los varios registros de su orquesta y pudimos percibirnos, volvimos a percibirnos, de que a su poesía, don Luis, no le falta ninguno, de que V. m. es como cien poetas en uno solo cuando tantas veces cien poetas no tienen el valor de la unidad. Era maravilloso oír—¿lo escuchó también acaso?—cómo lo verdaderamente del pueblo, los aguijones certerísimos de sus sátiras, la hechura melancólica de los endecasílabos, la delicadeza del amor, la revuelta sangre de la angustia y el clima de su época se contienen en su obra. Cada cual se arrimó al Góngora de su gusto, menos el que leyó de* Polifemo. *Era de asombro comprobar nuevamente cómo algunos de sus versos parecen escritos ahora, sí ahora, y qué largura, anchura, multiplicidad de paisajes, sorpresas exquisitas, pulidas y menos pulidas, hay en la obra de un clásico como V. m. Todavía colea por aquí el romanticismo, ¿sabe? Todavía se disfraza de otras cosas el muy ladino. Se combate toda retórica; pero ésta, don Luis, no está donde dicen que está; conque ya puede figurarse lo que pasa. Yo sentí, y no me considero solo en este sentimiento, mientras oía su recital, que la lección de este cuarto centenario de su primer vagido pudiera ser—si fantaseo que me perdonen el pecadillo—estimularnos a procurar respiraderos a la poesía, que asfixiaderos ya hay no pocos, por desgracia. Curarnos ante su obra de malhadadas parcialidades, escribir con menos decretos en la cabeza, aprender, en fin, a sumar tonos como cabalmente procuró V. m.*

Puedo asegurar, don Luis, que no me expreso así por boca de halago ni consuelo. ¿Qué consuelo necesita en su gloria? Ahí todo el tiempo es suyo, todo el ocio es suyo, y no tiene que pedir para comer al día siguiente. No sé por qué barrunto que entre V. m., Lope—el año de 1962 le "toca" centenario—y don Francisco de Quevedo seguirá haciendo chuflas en la amistad. ¡Bien que os reiréis viendo qué difícil es igualaros en poesía! No canten victoria. Algo ha de quedar para estos tiempos. Desde estos tiempos—no tengo otros—le escribo, paisa-

no y tocayo don Luis, en la confianza de que pronto haya más cercanía a V. m., una cercanía tal vez de jóvenes que vayamos a su obra no simplemente porque V. m. cumple siglos.

Recuerdos por ahí, a mayores y menores. Consérvese en la salud eterna y léanos de cuando en cuando. ¿Quién le escribirá cuando V. m. cumpla los quinientos? ¿Necesito decirle que yo no? Madrid, a 11 de julio del 1961.

Besa sus manos y su poesía,

LUIS JIMÉNEZ MARTOS